

**HOMILÍA DEL PRIMER DÍA DE LA NOVENA EN HONOR A  
SANTA MARÍA DE LA VICTORIA  
PATRONA DE LA DIÓCESIS Y DE LA CIUDAD DE MÁLAGA**

*30 de agosto de 2022*

Una de las imágenes con las cuales se representa a la Virgen María es la fuente. Por ello, en los formularios de las Misas de la Virgen María encontramos a María como «Fuente de la Salvación».

Esta imagen nos trae a la mente el texto del capítulo siete de san Juan donde Jesús dice: «El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: “de sus entrañas manarán ríos de agua viva”» (*Jn 7, 37*).

De este texto podemos destacar que, para acudir al agua viva, es decir, a Cristo, se ha de sentir sed. En segundo lugar, tras sentir la sed nos hemos de poner en movimiento para que, abandonada nuestra antigua condición de pecado, nos acerquemos a la fuente. En último lugar beberemos del agua de Cristo, y esto es ya signo de fe.

La figura del desierto no solo se vincula a la sed sino al hambre, al cansancio. Seguro que alguno le ha venido a la mente un canto muy frecuente en nuestras iglesias: «No podemos caminar con hambre bajo el sol; danos siempre el mismo pan: tu Cuerpo y Sangre, Señor».

La imagen del desierto nos recuerda al pueblo de Israel camino a la tierra prometida, pero hay otro desierto anterior a este. En el libro del Génesis, tras el pecado de desobediencia de Adán y Eva, estos son expulsados del paraíso a una tierra inhóspita. Pasan del paraíso de las delicias al llanto del destierro.

Todos nosotros, redimidos por Cristo, aún vivimos aquí en este “valle de lágrimas” pero sabemos con certeza que el Hijo Unigénito de Dios murió por nosotros para que resucitemos con él, para que entremos de nuevo, por la obediencia del Hijo, al paraíso divino.

Por tanto, sed y desierto los podemos relacionar con el pecado y una vida lejos de Dios; mientras que el agua y el paraíso, son para nosotros Dios mismo que se nos da como comida y bebida y también como morada; por eso, en el Calvario, la lanza del soldado abrió, de par en par, la puerta de la misericordia del Corazón de Cristo, para que, quien tenga sed, venga, beba y more en Dios.

En todo este camino, queridos hermanos, es modelo la Virgen María. Ella, tal como indica el prefacio del formulario que citaba al inicio de la homilía, engendró en su seno

virginal a la Palabra hecha carne, al mismo Hijo de Dios, que se define a sí mismo: «Fuente de agua viva».

En el Hijo de María, la humanidad entera puede saciar su ardiente sed de comunión y de amor.

La Iglesia, imitando a la que es su Madre y también la nuestra, siente la llamada maternal de ofrecer, a cuantos están sedientos, el agua y la sangre que brotan del costado de Cristo, y que son los sacramentos. Por eso la Iglesia, en primer lugar invita y ayuda a que vaya creciendo nuestra fe por medio de la predicación, la catequesis y la recepción de los sacramentos.

Todos nosotros, queridos devotos de Santa María de la Victoria, hemos de ser consciente de la responsabilidad que tenemos ante Dios porque hemos conocido y gustado la fuente de agua viva. Cuando sentimos sed sabemos donde está la fuente de agua viva, pero, hay muchos hermanos nuestros que, por diversas circunstancias, no la conocen.

Santa María de la Victoria, nuestra Madre, ella que es Fuente de la Salvación, nos conceda esta gracia en el primer día de la novena: «Yo que conozco el camino que lleva hacia la fuente de agua viva, ayúdame, María, a indicarlo a quien no lo conoce; a indicarlo con mis palabras y con mi vida».

María, fuente de la salvación. Ruega por nosotros.

SALVADOR AGUILERA LÓPEZ

*Oficial de la Santa Sede*